



Situación y libertad

♦ Patricia King
Juan C. González

En el ámbito de las ciencias cognitivas —a las que podemos caracterizar como un conglomerado inter o transdisciplinario que estudia un mismo objeto: la cognición—,¹ una corriente de pensamiento fue y en buena medida sigue siendo dominante: el cognitivismo ortodoxo. Esta corriente, que históricamente surge de la inteligencia artificial, sostiene que debemos entender la cognición en términos de un procesamiento de información, en analogía con la manera en que opera una computadora, donde (*grosso modo*) el *hardware* corresponde al cerebro y el *software* a la mente.

Así, desde esta óptica, estudiar, por un lado, la materialidad y conectividad del cerebro humano y, por el otro, la mente en tanto que procesamiento abstracto de información, nos daría la clave para entender la cognición.

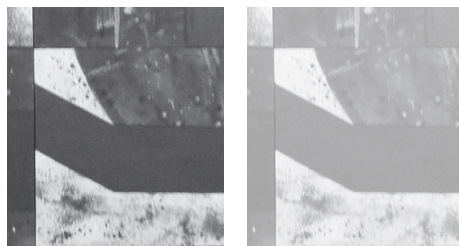
Sin embargo, también ha habido disidentes que vienen sosteniendo, por lo menos desde la década de 1970,² una serie de tesis incompatibles con la corriente ortodoxa, y proponiendo una concepción alternativa para el estudio de la cognición. Se trata de un movimiento de muy diversas posiciones, inicialmente conocido como cognición corporizada, que sustenta la idea en común de que debemos estudiar la cognición no solo

investigando lo que sucede dentro del cráneo y cómo es la constitución genética o neuronal de un organismo, sino que debemos considerar la cognición como distribuida en todo el cuerpo, tomando en cuenta además la interacción del organismo con su medio ambiente.

Respecto a la cognición *humana*, esta corriente alternativa se despliega en un abanico de diferentes posiciones, pero comparte la idea de que la cognición debe estudiarse considerando al cuerpo humano integralmente, en interacción con su entorno natural y social *en situación*. La fuerza preponderante de esta concepción proviene de la idea de que la percepción y la acción de los agentes cognitivos

¹ Juan C. González, "Filosofía y ciencias cognitivas", *Inventio*, año 4, núm. 8, septiembre de 2008, pp. 57-66.

² Véase, por ejemplo, Francisco Varela y Humberto Maturana, *De máquinas y seres vivos. Una teoría sobre la organización biológica*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1973; Andy Clark, *Microcogniton. Philosophy, cognitive science and parallel distributed processing*, MIT Press/Bradford Books, Cambridge, 1989.



—así como su interacción con el medio ambiente natural y social que los rodea y que, en muchos casos, incluye la intervención de medios de comunicación y tecnológicos— también juegan un papel determinante en la actividad cognitiva.

En 2009, bajo el significativo y evocador título de *Cognición situada*, Robbins y Aydede publicaron una antología en la que se reúnen, argumentan e ilustran tanto las tesis ortodoxas como las de sus críticos, así como distintas posiciones que vienen guiando el trabajo de los disidentes.³ Estas posiciones, que hasta entonces eran agrupadas bajo la denominación de “cognición corporizada” (destacando el componente corporal de su visión rectora), ahora se reagrupan como “cognición situada”, destacando el aspecto que, con la anterior denominación, solo estaba implícito, es decir, el de la situación extracorporal.

En lo que sigue, y como subsecuente desarrollo de las tesis situacionistas, nos proponemos, por un lado, hacer ver la importancia que tiene la noción de ‘situación’ en el marco de nuestra cultura y, por el otro, en qué sentido podemos entender el libre albedrío o libertad si tomamos en serio la noción de situación en el sentido mencionado. Por “libre albedrío” o “libertad” aquí vamos a entender que “algunas veces está en nuestro poder realizar o no los actos que realizamos”.⁴ En el marco de la cognición situada, puede advertirse claramente una tendencia a destacar el hecho de que, tanto

las actividades cognitivas que son su objeto de estudio como la actividad misma de estudiarlas, deben entenderse como ‘actividades situadas’.

Sin embargo, debemos advertir que en el seno del movimiento disidente no hay consenso sobre cómo debemos entender la noción de ‘situación’. Aquí, con fines de simplicidad y claridad, por “situación de una persona” vamos a entender el campo de posibilidades histórico, social y biográfico en el que dicha persona despliega su acción orientada a un fin en un momento determinado. Esto, sin embargo, no quiere decir que no podamos hablar de situación histórica en un contexto grupal o de una comunidad, o de una determinada sociedad o cultura, como ya lo señalaron Wittgenstein, Sartre y Kuhn.⁵

Obviamente, el enfoque que destaca la actividad humana como “situada” no está exento de problemas. La cuestión clave, sin embargo, es aclarar de entrada si estos problemas son fallas propias del enfoque o dificultades inherentes a la actividad cognitiva misma que nos proponemos entender, por ejemplo, en términos de su complejidad concomitante, en cuyo caso sería una virtud del enfoque situado el reconocerlas y asumirlas. Así, si pensamos en “la situación” de una persona o de una comunidad de hablantes, podemos afirmar que aquella está compuesta por una infinidad de factores que están en interacción dinámica constante con el medio ambiente natural y social.

³ Philip Robbins y Murat Aydede (eds.), *The Cambridge handbook of situated cognition*, Cambridge University Press, Cambridge, 2009.

⁴ James W. Cornman, George Sefiros Pappas y Keith Lehrer, *Problemas y argumentos filosóficos*, UNAM, México DF, 1990, p. 157.

⁵ Véase Ludwig Wittgenstein, *Sobre la certeza*, Gedisa, Barcelona, 1988; Jean-Paul Sartre, *Crítica de la razón dialéctica*, Losada, Buenos Aires, 1966 y Thomas Kuhn, *The structure of scientific revolutions*, University of Chicago Press, Chicago/Londres, 1996.

Se puede, por lo tanto, objetar que resulta imposible abarcarla teórica o prácticamente; por consiguiente, puede pensarse que el abordaje de la cognición en situación conduce a la investigación a cuellos de botella en los que irremediablemente queda congestionada. Otra posible objeción es que, al hacer depender de la situación nuestro entendimiento de la actividad cognitiva, nos condenamos a un relativismo y a un particularismo o solipsismo inadmisibles.

Pero en realidad estas objeciones son dificultades propias de la actividad cognitiva humana. Pensemos, por ejemplo, que aun limitándonos al cerebro, tenemos millones de factores que interactúan entre sí de forma dinámica, como lo ponen en evidencia las neurociencias.

Así, ciertamente nuestras capacidades cognitivas son desbordadas por la situación; no obstante, al actuar nos situamos. Es decir, cuando actuamos, nuestras limitadas capacidades cognitivas logran de facto, “de alguna manera”, seleccionar los aspectos relevantes de la situación, y en muchos casos, adaptarse inteligentemente a ella a través de acciones exitosas. ¿Cómo lo hacemos? Nadie lo sabe. Sin embargo, nuestros logros cognitivos son patentes, por lo que es razonable pensar que la distancia explicativa entre situación y acción cognitiva es en principio salvable. Por otro lado, ¿cómo podemos alejar al espectro del relativismo, del solipsismo y del particularismo? Una respuesta es decir que el trabajo inter y, mejor aún, *transdisciplinario* propio de las ciencias cognitivas, permite

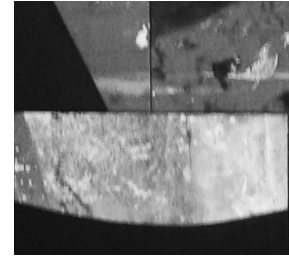
un acercamiento multinivel y multidireccional a un mismo objeto de estudio —convergencia que le da al análisis de dicho objeto un poder descriptivo y, en principio, explicativo que aleja a dicho espectro, al validar desde distintas direcciones y enfoques la realidad e identidad de un mismo fenómeno, reconocido públicamente. En todo caso, estas objeciones no parecen ser críticas fatales para el enfoque disidente.

Seguramente hay otros problemas que sí pueden ser atribuidos al enfoque mismo de la cognición situada. En la antología compilada por Robbins y Aydede⁶ aparece un artículo de Robert Wilson y Andy Clark⁷ en el que presentan algunas críticas y proponen ideas hasta cierto punto radicales. Sostienen, por ejemplo, que la conjunción de los dos componentes básicos de la disidencia —el cuerpo, que incluye al cerebro, y el medioambiente— puede traer problemas para orientar el trabajo de investigación en cognición situada.

Por otro lado, temen que el aspecto “corporizado” quede diluido o marginado por el énfasis puesto en su componente “situado”. Para lidiar con este problema, dichos autores sugieren pensar la cognición situada como un nombre que designa una variedad de proyectos afines de investigación en el marco de los disidentes, uno de los cuales sería aquel que llaman de extensiones cognitivas o “cognición extendida”; al mismo tiempo, proponen que consideremos el proyecto de la cognición corporizada como un proyecto con vida propia, que puede reforzar al de la cognición extendida.

⁶ Philip Robbins y Murat Aydede (eds.), *The Cambridge handbook ...*, op. cit., 2009.

⁷ Robert Wilson y Andy Clark, “How to situate cognition: letting nature take its course”, en Philip Robbins y Murat Aydede (eds.), *The Cambridge handbook ...*, op. cit., 2009.



Con las extensiones cognitivas quedan incorporados directamente en el proceso cognitivo humano aquellos artefactos que ayudan de una u otra manera en una tarea cognitiva, por ejemplo, cierto tipo de tecnología sin la cual una acción cognitiva cotidiana sería muy difícil o imposible de llevarse a cabo. La idea de la que parten los autores es muy sencilla. El niño que tiene que multiplicar 175×93 difícilmente puede depender solo de su memoria y de sus dedos. Recurrirá al papel y al lápiz, o a una calculadora, para hacer la multiplicación y llegar al resultado. Aquí, el papel y el lápiz o la calculadora son extensiones cognitivas. Lo que Wilson y Clark llaman “un sistema cognitivo extendido” está aquí conformado por el cerebro del niño, el resto de su cuerpo y sus “extensiones cognitivas” (el lápiz y el papel o la calculadora).

El panorama que abre la cognición situada en su vertiente extendida para la investigación resulta muy interesante. Primero, tomamos los muros al interior de una cueva, luego el papel y el lápiz, o el compás y la regla, tan decisivos para la geometría de Euclides; luego, podríamos tomar el telescopio o el plano inclinado, como en Galileo, o el microscopio, tan decisivos para la física, la astronomía y la biología.

También pensemos en la calculadora o en muchos otros dispositivos de extensión cognitiva: artefactos mecánicos, eléctricos, electrónicos e incluso biológicos para propósitos específicos (la imprenta, los medidores de presión o de altitud, la resonancia magnética, entre otros). Y

por supuesto, está la computadora, que no solo sirve para un propósito específico, sino que rápidamente se extendió a una gran diversidad de aplicaciones.

Así llegamos a las redes de computadoras conectadas en tiempo real a lo largo y ancho del planeta y, por consiguiente, a una conexión cognitiva entre cada vez más seres humanos, cada uno de ellos pudiendo trabajar en tareas cognitivas e intercomunicándose simultáneamente con los demás. Sabemos que así hacen (es decir, a distancia y extendiendo su cognición) sus operaciones algunos cirujanos, ingenieros, científicos, políticos o militares, entre otros.

Todos hemos visto, con motivo de un viaje espacial o de una guerra, esa gran sala en la que se reúnen decenas de especialistas, cada uno “conectado” con colaboradores y otros recursos a través de un monitor y un teclado, y todos frente a grandes pantallas. Y detrás de todo este escenario sabemos que hay una cápsula espacial o todo un ejército o un avión no tripulado. De esta forma se sigue paso a paso el desarrollo de la operación, se analiza, se toman decisiones y se ejecutan, para de inmediato comprobar sus efectos y repetir el ciclo. Funciona como una gran orquesta cognitiva. En cualquier caso, queda claro que a los disidentes del cognitivismo ortodoxo les interesa investigar y discutir la robustez e impacto de las extensiones cognitivas o recursos técnicos de la cognición en nuestros modelos y paradigmas cognitivos, máxime ahora que surge con fuerza en el caso de las prótesis computarizadas.

Nótese que el concepto de ‘práctica’ no ha aparecido explícitamente en la discusión, sino solo oculto o diluido bajo el de ‘actividad’, que lo mismo vale para hablar de un volcán, del Sol, de una planta o de un organismo humano. Pero cuando hablamos de actividad, o mejor, de ‘acción cognitiva’, creemos que es menester involucrar explícitamente el concepto de ‘práctica’ (que es un concepto social). Podemos apoyarnos especialmente en los estudios de la historia y la filosofía de la ciencia, que es una “actividad” claramente cognitiva y en la que el concepto ya ha sido más elaborado.⁸

Más aún, creemos que las divergencias al seno de la cognición extendida apuntan precisamente a la necesidad de discutir de forma sistemática, y esclarecerlo, el carácter específico de las acciones humanas en el marco de las prácticas. Esto permitiría investigar si estas constituyen o no parte relevante del proceso cognitivo humano, lo que, en caso favorable, fortalecería las posiciones ‘situadas’ y ‘extendidas’ de nuestra actividad cognitiva.

Volviendo a la idea de ‘actividad situada’ o práctica desplegándose en el campo de posibilidades en que nuestras capacidades cognitivas están comprometidas y operan, debemos reconocer que

existe la capacidad de hacer retroceder sus limitaciones. Ciertamente, nunca hacemos más de lo que nos es posible hacer, pero entre estas posibilidades está la de ampliar nuestro campo de posibilidades. Y una postura que nos pidiera hacer lo que nos resulta imposible sería irracional. Por el contrario, una postura altamente racional, que ya se dibuja desde la antigüedad y se pone de manifiesto con Aristóteles, es la que propone como norma el considerar, explotar y desarrollar la posibilidad de ampliar nuestros grados de racionalidad, de modo que sería claramente racional aquella persona que salvaguarda y amplía su racionalidad.

Y en la medida en que la autodeterminación y el libre albedrío requieren una base de deliberación,⁹ podemos afirmar que el incremento o mejor ejercicio de la racionalidad otorga mayor libertad a una persona, en el sentido mencionado. No estamos diciendo que la libertad se pueda o deba medir en términos exclusivamente racional-deductivos, sino que el juicio con el que se evalúa y eventualmente identifica una acción como libre —máxime si esta incrementa o tiende a incrementar la libertad o autodeterminación de la persona— es de orden racional.

Nuestra sugerencia es que, a quienes nos convence el movimiento de la cognición situada,

⁸ Se trata del movimiento conocido en filosofía como “Giro Práctico”. Véase, por ejemplo, Theodore Schatzki, Karin Knorr-Cetina y Eike von Savigny (eds.), *The practice turn in contemporary theory*, Routledge, Londres, 2001; Hubert Dreyfus, *What computers still can't do*, The MIT Press, Cambridge, 1993; David Stern, “The practical turn”, en Stephen P. Turner y Paul A. Roth (eds.), *The Blackwell guide to the philosophy of the social science*, Blackwell Publishing, Oxford, 2003; Joseph Rouse, *How scientific practices matter. Reclaiming philosophical naturalism*, University of Chicago Press, Chicago, 2002; Sergio Martínez, *Geografía de las prácticas científicas*, UNAM, México DF, 2003; Andrew Pickering (ed.), *Science as practice and culture*, Chicago University Press, Chicago, 1992; Patricia King, “De las normas implícitas en prácticas lingüísticas a las normas implícitas en prácticas epistémicas”, en José Miguel Esteban y Sergio Martínez (eds.), *Normas y prácticas en la ciencia*, UNAM-IIF, México DF, 2008; James Wallace, *Norms and practices*, Cornell University Press, Nueva York, 2009.

⁹ Véase James W. Cornman et al., *Problemas y argumentos...*, op. cit., pp. 157-159.



debemos tomar en serio el concepto de 'práctica' e investigar si este es relevante o no para la actividad cognitiva humana. Y, de ser relevante, debemos preguntarnos en qué medida la práctica promueve nuestra libertad sobre una base racional. Y aquí se presentan por lo menos dos programas de investigación al respecto.

Por un lado, tenemos un programa que podemos llamar, en honor a Albert Ellis, "racional-emotivo", según el cual tenemos la libertad de reaccionar emotivamente de distintas maneras ante la misma situación, lo cual a su vez demuestra la capacidad que tenemos para encuadrar cognitivamente los mismos estímulos. Es decir, podemos formar creencias y deseos distintos (y en algunas ocasiones diametralmente opuestos) a partir de una misma situación percibida, lo cual a su vez repercutirá sobre el modo en que juzgamos y actuamos en la vida.¹⁰

Aquí hacemos alusión al hecho de que la observación subdetermina la teoría (entendida esta como creencias formadas a partir de la percepción sensorial), de modo que podemos, por ejemplo, formar la creencia de que 'esto es un pato' o 'esto es un conejo' a partir del mismo sustrato perceptivo. Desde este punto de vista, ampliamos nuestra libertad al ampliar el campo de posibilidades de interpretación de una misma situación observada sobre una base racional. Cultivar este

campo de posibilidades de la manera indicada redundaría en una práctica virtuosa, acotada por la racionalidad y la situación misma.

Por otro lado, tenemos un programa que podemos llamar "práctico-existencial" en honor a Sartre, quien si bien es conocido por haber desarrollado teórica y prácticamente la idea de libertad a lo largo de toda su vida, también profundizó en las nociones de 'práctica' y 'situación' en toda su obra, sobre todo en su segunda obra filosófica de gran envergadura: *Crítica de la razón dialéctica*, que salió a la luz en 1960.¹¹

En efecto, si tomamos en serio su pensamiento en conexión con la cognición situada, podríamos darle más coherencia y consistencia al movimiento disidente, sugiriendo que podríamos entender las prácticas sociales, y sus instancias o ejemplares que consisten en acciones humanas, como una parte constitutiva de algunos procesos de la cognición humana.¹²

No nos comprometemos con todas las reivindicaciones del carácter situado de la actual actividad humana ni deseamos todas las críticas contra ella. Estamos consciente de que, dicho sea de forma cruda y franca, la situación en la que vivimos está marcada por la existencia de intereses particulares muy concentrados (no importa aquí cómo los conceptualicemos, si como corporaciones financieras, mercados o clases políticas) que tienen un

¹⁰ Albert Ellis, *Rational emotive behavior therapy. It works for me—It can work for you*, Prometheus Books, Nueva York, 2004.

¹¹ Jean-Paul Sartre, *Crítica de la razón dialéctica*, Losada, Buenos Aires, 2004.

¹² En efecto, como dice Harnad, todos los animales (o casi todos) somos organismos senso-motores. Seguramente Sartre estaría de acuerdo con esta idea; sin embargo, consideramos que agregaría: pero no todos los animales somos organismos prácticos. Véase Stevan Harnad, "To cognize is to categorize: cognition is categorization", en Henri Cohen y Claire Lefebvre (eds.), *Handbook of categorization in cognitive science*, Elsevier Science, Montreal, 2005.

poder avasallador sobre las prácticas productivas, científicas, educativas, tecnológicas y comunicativas de miles de millones de personas.

Y también sabemos que esos intereses tienen un interés estratégico en la innovación. El calentamiento global, los transgénicos, los aviones militares no tripulados y demás armas “inteligentes” o computarizadas, los artefactos de espionaje, entre otros, *son parte de nuestra situación*. Al mismo tiempo, mucho del progreso parcial en la ciencia y la tecnología ha sido y es impulsado por esos intereses, progreso sin el cual claramente no tendríamos muchas de las posibilidades de acción que tenemos.

Así, existe una ambivalencia y una dialéctica en nuestra situación actual que presenta dos caras y que podemos resumir de la siguiente manera: una favorable al desarrollo integral de la vida —en sus dimensiones corporal, social y ecológica— y otra que lo amenaza. Desde esta perspectiva, la libertad se presenta, paradójicamente, como nuestra obligación de decidir entre, por lo menos, dos posibilidades y cursos de acción. La dificultad más grande, por supuesto, está en abrirle el camino a la que representa una transfor-

mación realmente de fondo de la situación. El énfasis de la cognición situada en cómo logramos la extensión de la cooperación, así no sea más que en el terreno cognitivo, ciertamente no bastará, pero será de gran ayuda.

Independientemente del programa que adoptemos para investigar nuestras prácticas, podemos concluir que quizá la única norma fundamental a ser respetada por todos los actores de todos los campos del saber, es que debemos asumir nuestra actividad como una actividad *situada y libre, y actuar en consecuencia*. Para decirlo metafóricamente: debemos tomar en nuestras manos las cartas en el ámbito de nuestro campo de posibilidades, de manera conjunta, y así enfrentar y transformar la situación que ahora se presenta. Esto debe dar lugar a decisiones *situadas y comprometidas*, manifiestas en todas las acciones que realizamos cotidianamente con un propósito determinado, siendo ellas, en sí mismas, nuestra libertad. Saludamos al movimiento de la cognición situada como un pequeño paso, pero un paso muy importante, en la comprensión de la relación entre *situación y libertad* en el marco de las ciencias cognitivas.